

Librería Vargas: entre el fracaso y la gloria

– A la orden, a la orden. Siga, vecino. ¿Qué libro busca? –dice Oliva, una de las dueñas de la Librería Vargas, cuando paso a su lado. Con la mano izquierda sostiene un cigarrillo que de vez en cuando se lleva a la boca; con la derecha, una revista que funciona como abanico y, a veces, como cepillo. Con esa misma mano apunta hacia el interior de la librería, invitándome a entrar.

Son las dos de la tarde y, a pesar del cielo grisáceo y pesado, un vaho caluroso se pega en las calles y edificios del Centro de Bucaramanga. Oliva mira el panorama, frunce el ceño y luego emite una queja de fastidio y se va. Cuando se interna en la librería sale Vargas, su esposo, y la reemplaza en la entrada. Aplaude tres veces, tratando de animar el sopor de la tarde, y repite las palabras de Oliva cuando me ve.

– Mire, hay libros a \$5.000, a \$2.000. También tenemos revistas. ¿Qué desea?

En unas cestas de plástico ubicadas en la entrada de la librería hay varias pilas de libros luchando por mantener el equilibrio. Arriba de ellas, una impresión amarillenta anuncia la oferta: “4 x \$5.000”. Miro los títulos, las tapas, y descubro obras de temáticas variadas: manuales, libros de pre-icfes, de superación personal y uno que otro de literatura, todos en ediciones piratas. A un lado, en un anaquel metálico casi oxidado, hay algunas revistas ajustadas con nylon negro. La mayoría de ellas tiene contenido erótico, mujeres rubias con nombres gringos y labios color de sangre; otras, muy pocas, lucen en su portada el rostro carismático de un líder político o religioso. Con el paso del tiempo, estas revistas han disminuido y su lugar ha sido ocupado por los *best*

sellers del momento, por los rostros comerciales de siempre: Deepak Chopra, García Márquez, Paulo Coelho.

Pido permiso a Vargas, que enciende el último cigarrillo de su cajetilla, y entro en la librería, un espacio en forma de ele de tres metros cuadrados ubicado en el primer piso de un edificio residencial poco concurrido. De inmediato me siento ahogado, sin aire. No hay ventiladores ni ventanas. Lo único que inunda el espacio es el vaho que viene del cigarrillo de Oliva y el sudor que, desde hace años, está impregnado en las paredes, los libros, el suelo.

– ¿Qué necesita, papi? Libros de crimen, de superación, de amor –dice el único ayudante de la librería, un muchacho venezolano, cuando llego al interior. Al igual que Oliva, el hombre se abanica con una revista y maldice irónicamente el clima inestable de Bucaramanga.

Aquí los libros, como en la entrada, están apilados en anaqueles de metal oxidado o de madera quebrada y podrida. Aunque hay cuatro bombillos amarillentos colgados en el techo, la penumbra los devora lentamente y amenaza con invadir cada pulgada del espacio (los libros, desde luego, no se salvan del apocalipsis). Las baldosas oscuras, viejas y terrosas del suelo no ayudan para nada; allí se almacena la suficiente oscuridad como para desaparecer progresivamente los pies de los compradores y, también, las obras que están en los anaqueles inferiores. Aun así, es posible distinguir (con esfuerzo, claro) los títulos y las secciones de las estanterías: literatura, infantil, escolar, A, B, C, D y así hasta la Z.

Con el rostro arrugado y torcido de rabia, Oliva echa la última bocanada de humo y deja una neblina espesa flotando en el local. Entonces, como un buzo nadando en un aire tan pesado como el agua, comienzo la búsqueda. Ojeo, cambio de lugar, leo prólogos, soplo polvo de las tapas, me entusiasmo, me decepciono. Después de unos minutos encuentro en un rincón el segundo tomo de las obras completas de Ramón del Valle Inclán (editado en 1954 por la Editorial Plenitud) y, asombrado, lo reviso escrupulosamente. Tapa dura, hojas blandas, y once obras (entre ellas, las cuatro *Sonatas* y *Tirano banderas*) que condensan la poética del escritor español. Miro a Oliva, al ayudante, y advierto que no se han dado cuenta de la joya que tengo entre las manos. La repaso varias veces y me siento extrañado, fuera de todo. ¿Es posible que libros de semejante calidad convivan tranquilamente en este lugar?

La Librería Vargas es una de las pocas librerías ubicadas en la calle 41 con carrera 14 del Centro de Bucaramanga. En este lugar, hace veinte años, aproximadamente, se instalaron algunos libreros con el fin de suplir las necesidades literarias de la comunidad bumanguesa. Desde un inicio efectuaron una estrategia que, hasta el momento, les ha funcionado: vender libros usados, piratas y, en no pocas ocasiones, fotocopiados. No es casual que estas librerías estén asentadas a un costado de dos de los centros comerciales más polémicos de la ciudad, San Andrecito Centro y San Bazar, donde a lo largo de los años se han realizado allanamientos fiscales con el fin de desmantelar ese monstruo tentacular y apetecido que es la piratería.

Precisamente eso, su ubicación, es lo que le da un sello, un rostro particular, a esa fila irregular de librerías que adornan la calle 41: tres cuadras hacia el norte y tres hacia el sur, prostíbulos y tabernas de mala muerte; a seis cuadras, la popular y estruendosa Calle del Comercio, epicentro de la piratería y de las ventas informales; a cinco, la calle 36 y sus innumerables laberintos; y, en general, a su alrededor, vendedores ambulantes, ofertas estrambóticas, comercio sexual, tráfico y calles llenas de ruido, todo lo que se encuentra en una ciudad que, como Bucaramanga, crece hacia todas partes.

Tal vez esa sea la razón por la cual los libreros del lugar ofrecen sus productos como si se tratara de camisetas, pantalones o algún otro objeto de uso doméstico. Cuando recorro cada almacén buscando ejemplares de literatura colombiana, me encuentro con expresiones como: “¿Busca *La María*? Se la tengo. Pase nomás”; “Le tengo las de Gabo: *El amor y los demonios*, *El general de los laberintos*. ¿Cuál desea?”; “Hay varios ejemplares de *La marquesa de Chocó*, vecino”. No faltan los vendedores que blanden algunos libros en el aire e interceptan a cada transeúnte con ofertas de ensueño, y los que, aún más avezados, toman por el hombro al posible comprador y lo dirigen como lazarillos a sus respectivos estantes de libros.

Vargas y Oliva no son la excepción. Durante el día, sentados en la entrada de la librería con un cigarrillo muriendo en los labios, esperan al primer peatón interesado y, con anzuelos exagerados y a veces falsos, lo invitan a su caverna de libros. Nadie escapa a sus miradas, a sus gestos, a sus manos agitadas que, de vez en cuando, no hacen otra cosa que aplaudir para distraer el tedio y llamar la atención de un público en ocasiones inexistente.

Arriba de la
historia de migración
y de los abejas

– Vaya al local de Vargas –dice Miriam, la dueña de la Librería Oasis, cuando le pregunto por *El día del odio*, de José A. Osorio-. Allá fijo lo consigue. Ese viejo tiene de todo, pero, eso sí, aguántese el olor de esa ratonera.

Esa es, quizá, la mayor queja que recibe la Librería Vargas. En el año 2014, cuando fui por primera vez, tuve la impresión de que estaba en un cuarto abandonado. En su momento, Oliva me invitó a pasar en medio de una bocanada de humo. También, como ahora, me sentí ahogado, sin aire. En un rincón había un cenicero improvisado y, en el otro, los restos de un almuerzo con todo un pabellón de hormigas encima. La atmósfera, desde luego, era inhabitable. Al vaho común del cigarrillo se unía el hedor a cucarachas y nidos de ratones. Después de una búsqueda insaciable conseguí un libro de Borges y otro de Neruda por precios increíbles. Desde ese momento supe que la Librería Vargas era la cosa más paradójica y extraña que había visto en mi vida.

– Yo a usted le digo una cosa: Vargas puede ser un viejo sucio, como la librería, pero tiene unos libros y unos precios que los demás no tenemos –dice la dueña de la Librería El Gran Cambio mientras arregla las argollas de un libro fotocopiado-. Lo que yo le vendo acá a \$15.000, allá lo consigue a \$10.000. Pero tiene que llevar tapabocas o si no se muere –dice la mujer en medio de una risotada. Segundos después, un poco más tranquila, mira de soslayo a Vargas y asiente silenciosamente, como si deshilvanara un recuerdo.

Y es que, a pesar de la atmósfera pesada de la Librería Vargas, es posible encontrar libros y ofertas que los demás comerciantes no poseen. A menudo percibo, en mis visitas esporádicas, las múltiples llamadas que hacen algunas librerías en busca de obras que, por una u otra razón, son difíciles de conseguir. Vargas, Oliva o el ayudante contestan el teléfono, buscan el libro solicitado y en menos de nada lo empacan y lo llevan al lugar. Pero de las quejas y los chismes no se salvan. Los demás librereros, como las señoras de El Gran Cambio y Oasis, no hacen otra cosa que desprestigiar y alabar una librería que, exteriormente, parece un baúl terroso, longevo y deteriorado, pero que, en su interior, conserva un gran tesoro literario.

– Ese se lo puede llevar en \$20.000 –dice Oliva cuando examino, asombrado, el segundo tomo de las obras completas de Valle-Inclán.

– ¿Y en \$15.000? –pregunto, mirándola fijamente a los ojos.

– Bueno, en \$17.000, para que no peleemos –responde con un gesto de falsa angustia y desesperación. Luego va a la entrada de la librería y mira el tráfico y el clima despavorido de las tres de la tarde. Se abanica con la revista y, de nuevo, emite una queja de fastidio hacia la nada. Varias veces a lo largo del día ha hecho lo mismo y, al parecer, nada la alivia ni la cansa; la rutina de siempre.

De repente entra Vargas y puedo confirmar un detalle que, en las visitas pasadas, tan solo había percibido: en su cuello hay alrededor de siete collares, de los cuales hay

uno que me llama especialmente la atención: un hilo azul con una navaja negra abierta en el centro. Es la primera vez que veo algo así. Varias veces me pregunté por qué Vargas utiliza tantos collares y por qué, especialmente, tiene uno con una navaja abierta. Sin embargo, no me atreví a preguntarle.

– Ese es bueno, ese ese bueno. Y barato, ¿oyó? –dice cuando me ve con el libro en las manos. Luego, sonriente, charla con el ayudante venezolano sobre un “hembronón” que acabó de ver. Los dos sacuden las manos y estallan en carcajadas desmesuradas.

Un grupo de zancudos se acerca y revolotea a mi lado, pero lo espanto a manotazos. Fastidiado, vuelvo los ojos al libro y advierto su calidad, su valor artístico. Aún no entiendo cómo esta obra convive tranquilamente al lado de nidos de insectos y libros piratas mal empastados. A pesar de todo, pienso, esta es una de las escasas librerías en donde se puede encontrar colecciones editoriales que en las librerías oficiales no se hallan disponibles. Y más, sobre todo, en una ciudad como Bucaramanga, donde encontrar librerías, teatros y bibliotecas es un golpe de suerte, un guiño remoto del azar.

Después de unos minutos regresa Oliva. Su respiración es fuerte, silbante; tiene un gesto de amargura en las cejas y la boca. Me observa atentamente y fija su mirada en la hojita blanca donde anoto los títulos que componen el libro de Valle-Inclán. Frunce aún más las cejas y luego suelta el látigo, las palabras.

– No, no. O lo compra o se va, pero no anote nada. Ya le dije el precio. ¿Qué espera? –dice, mirando con furia el libro y apretando aún más la cara. Repite lo mismo una vez más y, ante mi reclamo silencioso, me da la espalda y simula buscar un libro en

otra estantería. Mi reacción es tardía pero eficaz. En vez de marcharme, como cualquier persona lo haría, saco un billete de \$10.000 (el único de mi cartera) y, tímido, se lo ofrezco a Oliva. No puedo dejar pasar la oferta.

– En veinte minutos le traigo los \$7.000 restantes, ¿listo?

– Bueno –responde, aún malhumorada. Recibe el billete con disgusto y esconde el libro en el rincón de un estante.

Asfixiado, salgo de la librería. El día aún es gris, pero caluroso. Una ligera llovizna cae con desgano en las calles del Centro de Bucaramanga. Camino lento, pausado, hacia la Plaza San Mateo, donde está mi novia con el dinero restante. Mientras recorro el lugar pienso en la Librería Vargas. Recuerdo los olores nauseabundos, las bombillas eléctricas a punto de estallar, el techo de tablas y ladrillos mohosos, las actitudes paradójicas de Vargas, Oliva y el ayudante. Pienso, también, en librerías ampulosas como las de la Avenida Corrientes, de Buenos Aires, y deduzco con total sinceridad, aunque no sin melancolía, que en Bucaramanga nunca habrá algo parecido.

Tomo un atajo y subo al cuarto piso de la Plaza San Mateo, donde recojo los \$7.000 del libro de Valle-Inclán. Miro la ciudad desde ahí: calles abarrotadas de gente, comercio despiadado, tráfico furioso. La lluvia no cesa y por momentos tengo la impresión de que Bucaramanga es una ciudad fantasma llena de sopor y agua, algo ajeno e irreal. Bajo con mi novia hasta la carrera 15, atravieso las mismas calles y llego agitado y nervioso a la librería. En la entrada, Oliva y el ayudante conversan sobre algo que no logro escuchar. Tienen un semblante distinto al que tenían cuando me fui.

– Y que vuelva luego, vecino. A la orden –dice Oliva después de recibir el dinero y darme el libro en una bolsa negra, casi transparente. Es la primera vez que sonrío en toda la tarde.

Luego, ya en la calle, pienso en todo lo que acaba de suceder. A pesar del conflicto con Oliva, sé que pronto (semanas, meses) voy a volver. Imagino la próxima compra (¿Onetti, Vallejo, Borges?) e imagino, también, la atmósfera de la librería: restos de comida en los rincones, zancudos avasallando la entrada, vaho asfixiante. Vuelvo la mirada y compruebo irónicamente mis ensoñaciones: estoy seguro que, al menos durante muchos años, la Librería Vargas será el mismo lugar paradójico, el mismo tesoro olvidado. Lo único que cambiará será el clima, el tráfico, la cultura; lo demás será casi eterno.